

V

EL DUELO

A medida que habíamos ido estudiando aquel triste asunto, tanto mi padre como yo habíamos llegado al pleno convencimiento de que era *imperdible*. Hallábanse frente a frente dos testamentos: uno, que cinco años atrás recibió su plena ejecución, estaba hecho en favor del señor de Aillane. Encontrándose éste escaso de fondos en la época de aquella herencia, había vendido el inmueble que creía suyo, para normalizar su situación. El otro testamento, descubierto tres años más tarde, por



uno de esos extraños azares que hacen decir que a veces la vida parece una novela, despojaba repentinamente a los de Aillane para enriquecer a la señora de Ionis. La validez de este último era incontestable; su fecha, posterior a la del primero, era clara y precisa. El señor de Aillane alegaba el estado de imbecilidad del testador y la presión que, en cierto modo, había ejercido sobre él, en sus últimos momentos, el señor de Ionis. Este último punto era bastante real; pero no había medio de comprobar la existencia del estado de imbecilidad.

Por otra parte, el señor de Ionis pretendía, con razón, que, acosado por sus acreedores, de Aillane les había cedido el inmueble por un precio inferior a su valor, y reclamaba una suma de cierta importancia, puesto que éste era el último residuo de la fortuna de sus adversarios.

El señor de Aillane no abrigaba mu-

chas esperanzas de éxito. Sentía lo endeble de su causa; pero estaba interesado en justificarse de la acusación lanzada contra él, de haber conocido, o siquiera sospechado, la existencia del segundo testamento, de haber inducido a la persona que lo guardaba como depositario, a mantenerlo oculto durante tres años y de haberse apresurado a realizar la herencia para librarse, en parte, de las consecuencias del porvenir. Había, por lo tanto, aparte del fondo del asunto, una discusión sobre el valor real del inmueble, exagerado en más y en menos por cada una de las partes, respectivamente, en los debates anteriores a la intervención de mi padre en la causa.

Hablábamos mi padre y yo sobre este último punto, sin estar completamente de acuerdo, cuando Bautista nos anunció la visita del señor de Aillane, hijo, capitán del regimiento de \*\*\*.

Bernardo de Aillane era un guapo



mozo de mi edad aproximadamente, pundonoroso, vivo y lleno de franqueza. Se expresó con mucha cortesía, apelando a nuestro honor como hombre que conoce la rigidez de este sentimiento; pero al final de su exordio, llevado por la vivacidad de su carácter, dejó asomar una amenaza muy clara contra mí, para el caso en que, en mi discurso, llegase a expresar alguna duda sobre la perfecta lealtad de su padre.

El mío se conmovió más que yo mismo al oír esta amenaza, y como abogado que era por naturaleza, se irritó elocuentemente. Vi cómo de un proyecto de reconciliación iba a nacer una querrela, y rogué a los dos interlocutores que me escuchasen.

— Permítame, padre — dije, — que haga observar al señor de Aillane que acaba de cometer una grave imprudencia, y que si no tuviese yo, gracias a los deberes de mi profesión, una sangre

más tranquila que la suya, me complacería en provocar su cólera para convertirlo todo en argumento según las conveniencias de mi causa.

— ¿Qué quiere decir esto? — exclamó mi padre, que era el hombre más pacífico en su interior, pero que sabía también acalorarse regularmente en el ejercicio de sus funciones. Cuento, hijo mío, con que todo te servirá de argumento, y con que, si tienes el menor motivo para sospechar de la buena fe de tus adversarios, no será el bigotito ni la espadita del señor de Aillane, como tampoco los bigotazos y el espadón de su señor padre, los que te impedirán proclamarlo.

El joven de Aillane estaba fuera de sí, y no pudiendo emprenderla con un hombre de la edad de mi padre, tenía grandes deseos de emprenderla conmigo. Dirigióme algunas palabras bastante agrias, a las que no respondí, y sin dejar de dirigirme a mi padre, le dije:



—Tiene usted mucha razón al creer que no me dejaré intimidar; pero hay que perdonar al señor de Aillane que haya tenido este pensamiento. Si yo me encontrase en la misma situación en que él se encuentra, y viese puesto en tela de juicio el honor de usted, piense, mi querido padre, que no sería quizás más paciente y razonable de lo que conviene. Tengamos, pues, algunos miramientos con su inquietud, y ya que no podemos aliviarla, no seamos rigurosos haciéndola durar más. He examinado bastante este asunto para estar convencido de la extremada delicadeza de toda la familia de Aillane, y será para mí un gusto, tanto como un deber, el rendirle este homenaje en toda ocasión.

—Esto es todo lo que deseaba, caballero—exclamó el joven estrechándole las manos;—y ahora, ¡gane usted su pleito, no pedimos otra cosa!

—¡Un momento, un momento!—re-

puso mi padre con el fuego que daba, en las audiencias, a sus réplicas.—Yo no sé, hijo mío, cuáles son, en definitiva, tus ideas sobre esta perfecta lealtad; pero, en cuanto a mí, si es cierto que encuentro en la parte histórica del asunto, circunstancias en que me parece evidente, hay otras que me dejan dudas, y te ruego que no te comprometas a nada antes de haber pesado todas las objeciones que iba a proponerte cuando el señor nos ha concedido el honor de su visita.

—Permítame, padre—respondí con firmeza,—que le diga que no me bastarían ligeras apariencias para comparar sus dudas. Sin mencionar la reputación bien establecida del señor conde de Aillane, tengo, referente a él y a su familia, un testimonio...

Me detuve al pensar que no podía invocar este testimonio de mi sublime y misteriosa amiga sin hacer reír a costa mía. Era, no obstante, tan seguro,



en mi pensamiento, que nada en el mundo, ni aun los hechos reales, me hubieran quitado aquella certidumbre.

—Sé de qué testimonio hablas—dijo mi padre.—La señora de Ionis tiene mucho afecto...

—¡No conozco apenas a la señora de Ionis!—replicó vivamente el joven de Aillane.

—Y por lo tanto, no hablo de usted, caballero—contestó mi padre sonriendo;—hablo del conde de Aillane y de la señorita, su hija.

—Y yo, padre—dije a mi vez,—no me he referido a la señora de Ionis.

—¿Puedo preguntarle—me dijo el joven de Aillane—quién es la persona que ha tenido sobre usted esta feliz influencia, a fin de que yo pueda agradecersele?

—Me permitirá usted, caballero, que no se lo diga. Es cosa puramente personal.

El joven capitán me rogó que dis-

pensara su indiscreción, se despidió de mi padre con alguna frialdad y se retiró manifestándome su gratitud por mi amistoso proceder.

Le seguí hasta la puerta de la calle como para acompañarle. Allí volvió a tenderme la mano; pero esta vez retiré la mía, y rogándole que entrase un momento en mi habitación, que daba sobre el vestíbulo de entrada de nuestra casa, le declaré de nuevo que estaba convencido de la nobleza de los sentimientos de su padre, y bien decidido a no dirigir el menor ataque al honor de su familia. Después de lo cual, le dije:

—Sentado esto, caballero, va usted a permitirme que le pida cuenta del insulto que me ha dirigido al dudar de mi pundonor hasta amenazarme con su resentimiento. Si no lo he hecho delante de mi padre, que parecía impulsarme a ello, ha sido porque sé que, una vez pasado su enojo, se hubiera



creído el más desgraciado de los hombres. Tengo, además, una madre muy tierna; esto es lo que me hace pedirle el secreto sobre la explicación que tenemos ahora. Estoy encargado de los intereses de la señora de Ionis, y mañana defendiendo su causa. Le ruego, pues, que me conceda, para mañana, a la salida de la Audiencia, la cita que deseo de usted.

—¡No, vive Dios! nada de eso—exclamó el joven echándose a mi cuello.  
—¡No tengo el menor deseo de matar a un joven que me demuestra tanto corazón y tal equidad! He hecho mal, he obrado como un aturdido, y heme aquí dispuesto a pedirle que me dispense.

—Es perfectamente inútil, caballero, porque estaba usted dispensado de antemano. En mi profesión se está expuesto a este género de ofensas, que no alcanzan a un hombre honrado; pero esto no salva la necesidad en que me veo de batirme con usted.

—¡De veras! ¿Y por qué demonios lo quiere usted, después de las excusas que le he dado?

—Porque estas excusas son íntimas, mientras que su visita a esta casa ha sido pública. Ahí está su magnífico caballo piafando a nuestra puerta y su soldado galoneado que atrae todas las miradas. Usted sabe muy bien lo que es una pequeña ciudad de provincia. Dentro de una hora todo el mundo sabrá que ha venido un brillante oficial a amenazar a un abogadillo que informa en contra suya, y puede usted estar seguro de que mañana, cuando haya tenido para con usted y los suyos los miramientos que creo deberles, más de un espíritu malévolo me acusará de tener miedo de usted y reirá de mi figura comparada con la suya. Me resigno a esta humillación; pero una vez cumplido este deber, tendré que cumplir otro, que será el de demostrar que no soy un cobarde indigno de ejercer una



profesión honrosa, y capaz de hacer traición a la confianza de sus clientes bajo el temor de una estocada. Piense usted que soy muy joven, caballero, y que ahora o nunca es cuando tengo que dejar establecido cuál es mi carácter.

—Me hace usted comprender mi error—respondió el señor de Aillane.—No me había dado cuenta del alcance de mi gestión, y le debo una excusa en público.

—Después de mi informe, sería demasiado tarde: podría creerse que había cedido al temor; y antes, sería demasiado pronto: podría creerse que usted teme mis revelaciones.

—Entonces no hay medio de arreglarlo, y todo cuanto puedo hacer por usted es darle la reparación que exige. Cuente, por lo tanto, con mi palabra y con mi silencio. Mañana, al salir de la Audiencia, me encontrará usted en el lugar que quiera designarme.

Dejamos establecidas nuestras con-

diciones. Luego, me dijo el oficial con acento triste y afectuoso:

—¡He aquí un mal negocio para mí, caballero! pues si tuviese la desgracia de matarle, creo que después me mataría a mí mismo. No podré perdonarme el haber puesto a un hombre de corazón como usted en la necesidad de juzgarse la vida conmigo. ¡Quiera Dios que el resultado no sea muy grave! Me servirá de lección. Y entretanto, suceda lo que quiera, considere usted mi arrepentimiento y no conserve de mí una opinión muy mala. ¡Es bien cierto que el mundo nos educa mal a nosotros, los hijos de familia! Olvidamos que la burguesía vale tanto como nosotros y que ya es hora de contar con ella. ¡Vamos, ahora deme usted la mano, en espera del momento en que nos cortemos el pescuezo!

La señora de Ionis debía venir al día siguiente para asistir a la vista. Había recibido varias cartas suyas, muy



amistosas, en las que ya no me desviaba de mis deberes de abogado, contentándose con recomendarme que respetase el honor de sus parientes, que, decía, no podía ser desconocido ni ofendido sin que la vergüenza la alcanzase a ella. Era fácil prever que contaba con su propia presencia para contenerme, en el caso de que me dejase arrastrar por algún despecho oratorio.

Se equivocaba al creer que hubiera podido ejercer sobre mí alguna autoridad. Hallábame para siempre gobernado por una influencia más alta, por un recuerdo poderoso de muy distinto modo que el suyo.

Volví a hablar con mi padre durante la velada, induciéndole a que me dejase libre de apreciar a mi modo la parte moral del asunto. Me dió las buenas noches y me dijo en un tono algo burlón que no supe comprender mejor que sus propias palabras:

—Mi querido hijo, ¡anda con cui-

dado! La señora de Ionis es para ti un oráculo ¡ya lo sé! Pero mucho me temo que estés trabajando para otro.

Y al notar mi extrañeza, añadió:

—Ya hablaremos luego de esto. ¡Piensa en cumplir bien mañana y en honrar así a tu padre!

En el momento de meterme en cama, quedé sorprendido por la vista de un nudo de cintas verdes sujeto a mi almohada por un alfiler. Tomélo notando que contenía una sortija: era la estrella de esmeralda cuyo recuerdo duraba en mí como el de un sueño febril. Aquel anillo misterioso existía; ¡me era devuelto!

Me lo puse en el dedo y lo toqué cien veces para asegurarme de que no era víctima de una ilusión; luego, me lo quité y lo examiné atentamente, cosa que no había sido capaz de hacer en la residencia de Ionis; descifré esta divisa escrita en caracteres muy antiguos: *Tu vida sólo es mía.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



¿Era esto, entonces, una prohibición de batirme? ¿No quería permitir aún la inmortal, que fuese a reunirme con ella? Fué un dolor cruel; pues, desde hacía algunas horas, se había apoderado de mí el ansia de morir, y esperaba que las circunstancias me autorizarían a desembarazarme de la vida sin ser rebelde ni cobarde.

Llamé a Bautista, a quien oía aún andar por la casa.

—Escucha—le dije,—es preciso que me digas la verdad, amigo; pues eres un hombre honrado y mi razón está en tus manos. ¿Quién ha venido aquí esta noche? ¿Quién ha traído el anillo a mi habitación, ahí, sobre la almohada?

—¿Qué anillo, señor? No he visto ningún anillo.

—Pero ¿no lo ves ahora? ¿No lo tengo en el dedo? ¿No lo viste ya en la residencia de Ionis?

—¡Es verdad, señor, que lo veo y lo reconozco perfectamente! Es el que

usted perdió allí y yo encontré entre dos baldosas; pero le juro por mi honor, que no sé cómo se encuentra aquí, y que al hacer la cama no he visto nada sobre la almohada.

—Por lo menos, podrás quizás decirme una cosa que no me he atrevido aún a preguntarte después de aquella fiebre que me volvió loco durante algunas horas. ¿Quién me quitó este anillo en la residencia de Ionis?

—¡He aquí otra cosa que también ignoro, señor! Al no vérselo en el dedo, pensé que lo habría guardado... para no comprometer...

—¿A quién? ¡Explícate!

—¡Dios mío! señor, ¿no fué la señora de Ionis quien se lo dió?

—Nada de eso.

—Después de todo, el señor no está obligado a decírmelo... Pero debe háberselo devuelto ella.

—¿Has visto venir hoy aquí a alguien de su casa?